

¡HÉROES!

Por Carlos Piserra Velasco

Este relato es un canto a la amistad surgido en los colegios de huérfanos del Ejército, y un homenaje a todos los pínfanos que dieron su vida por España en algún olvidado rincón del mundo.

PRIMER PREMIO DEL CONCURSO DE RELATOS VIII DÍA DEL PÍNFANO.

Guadalajara, 7 de mayo de 2011

Corría el año 1.948. En el campo de fútbol de un colegio ubicado en la Finca de Vista Alegre de Carabanchel Bajo se jugaba un campeonato de fútbol. Competían las clases A y C del séptimo curso de bachillerato. ¡Pasa, pasa Antonio!, gritó Ricardo con su inconfundible tono de voz. Antonio le pasó el balón, pero no llegó a los pies de Ricardo. Las irregularidades del balón y las desigualdades del terreno de juego, plagado de calvas y mechones de hierba, desvió el esférico de la impecable trayectoria calculada por Antonio. ¡Qué lastima!, exclamó Ricardo, hubiera sido gol y habríamos ganado el campeonato. Antonio y Ricardo se encontraban aquel año estudiando el último curso de Bachillerato en el Colegio de Santiago para Huérfanos de Militares del Ejército de Tierra, y si aprobaban tendrían que enfrentarse en la Universidad al temido Examen de Estado.

Antonio Urbiola Verástegui había ingresado en el colegio hacía tres años, cuando falleció su padre Tte. Coronel de Caballería en un fatal accidente durante unas maniobras en el Campo de San Gregorio, cerca de Zaragoza. Aunque había nacido en Salamanca procedía de una familia acomodada de Vitoria, en donde aún conservaban la casona con el escudo familiar. Era el mayor de una familia numerosa, y aunque su madre no quiso que nada cambiase, al final tuvo que claudicar en-

tregando la custodia y educación de sus hijos al Patronato de Huérfanos del Ejército; dos niños fueron al Colegio de la Inmaculada, dos hijas al de María Cristina, y Antonio al de Santiago en Madrid. Llegó en el mes de septiembre de 1945, incorporándose al grupo de alumnos que estudiaban quinto de bachiller, destacando en todas las asignaturas especialmente en las de ciencias.

Ricardo Miralles Rodríguez era malagueño y había nacido en el seno de una familia humilde. Su padre, contraamaestre en una fabrica, se vio envuelto en los acontecimientos que sacudieron España al final de la década de los treinta del siglo pasado, falleciendo al final de la guerra después de haber alcanzado por mérito propio el grado de teniente. De nuevo, como en otros muchos casos, el Patronato sería la tabla de salvación de una familia con dos hijos huérfanos; Ricardo, que después de pasar por los Colegios de Padrón y de la Inmaculada coincidiría con Antonio en el de Santiago, y Matilde que ingresó en el María Cristina de Aranjuez.

Aunque de orígenes y costumbres diferentes, pronto Ricardo y Antonio sintonizaron haciéndose grandes amigos, uniéndoles mucho su afición por los deportes y el cine. Recordaban frecuentemente la película “El Cisne Negro”, que habían visto en el Cinema España una tarde de domingo cogiendo la mano a dos niñas de la barriada, con las que paseaban las soleadas tardes de invierno. En cambio no se parecían nada en los estudios; Antonio sacaba unas notas extraordinarias, y a Ricardo, que ya había repetido dos cursos, le costaba mucho aprobar, y eso gracias a la ayuda incondicional de su amigo, pero no pudo impedir aquel año un suspenso en matemáticas. Antonio no tuvo ninguna dificultad en superar el curso y el Examen de Estado con sobresaliente. ¡Eres un fenómeno!, le espetó Ricardo que fue el primero en felicitarle. ¡Pero en parte te lo debo a ti!, le contestó Antonio. ¡Que dices!, exclamó Ricardo. Sí amigo mío, ayudarte me obliga a estudiar más para conseguir que apruebes. Vamos a ver como lo hacemos este año, tienes que aprobar en septiembre las matemáticas y el Examen de Estado. ¡Uf, imposible!, dijo Ricardo. Tranquilo, no hay nada imposible, y vete preparando porque vamos a pasar juntos todo el verano, y ya te puedes suponer para que. ¿Cómo? ¿dónde?, preguntó desconcertado Ricardo.

Mira, cuando termine el curso vamos a ver a nuestros familiares una semana y luego regresamos aquí al colegio. Antonio habló con el Director que trasladó la petición al Presidente del Patronato, el cual solicitó un informe de los dos alumnos. Cuando los tuvo delante escuchó su petición, mostrando en su cara el orgullo del padre que valora el sacrificio de sus hijos. Podéis ocupar una habitación con dos camas y utilizar una de las clases pequeñas. Las comidas las haréis en uno de los mesones próximos al colegio, que correrá con todos los gastos, les dijo una vez que hubieron expuesto sus planes. El colegio se cierra en vacaciones, quedando al cuidado de un inspector y un vigilante, a quienes podéis acudir si tuvierais algún problema. ¡Muchas gracias, mi general!, exclamaron a dúo, mientras salían del despacho, ¡Que gran persona tenían como Presidente!

El verano fue duro y todo se desarrolló según lo previsto sin ningún problema. Ricardo aprobó las matemáticas de séptimo y pidió un respiro para descansar un par de días. ¿No quieres ingresar en la Academia?, pues tienes que seguir adelante sin descansar, le dijo Antonio, a la vez que le entregaba un cuestionario de preguntas y problemas. ¡Y vaya si lo consiguieron!. Ricardo se sintió orgulloso de tener un amigo como Antonio, gracias al cual había conseguido aprobar el Examen de Estado, y alcanzar por derecho propio el tratamiento de “Don”. El Presidente del Patronato les felicitó personalmente y les concedió un premio extraordinario que les fue entregado en el Acto de despedida del colegio.

Sin tener apenas tiempo para ver a sus familias, hicieron su presentación en el Colegio de Santa Bárbara de Carabanchel Alto. Les colocaron en una clase en donde se prepararían para el primer grupo del examen de ingreso en la Academia, pero Antonio manifestó al Director, Coronel Sousa, el deseo de prepararse para los dos grupos. Le pasaron a otra clase después de superar satisfactoriamente una tanda de problemas de álgebra y geometría. Aunque en clases diferentes, aprovechaban los descansos y fines de semana para repasar sus respectivas asignaturas. ¡Y llegaron los exámenes!. Antonio ingresó con un buen número, y aunque podía haber elegido cualquier arma, solicitó en primer lugar Infantería, recibiendo durante el verano el nombramiento de Caballero Cadete.

Ricardo se sintió satisfecho al pasar el primer grupo con un modesto aprobado que le abría la posibilidad de ingresar al año siguiente. Al despedirse para pasar el verano con sus familias, Antonio entregó a Ricardo una carpeta con problemas que le había preparado para que los hiciera durante el verano. Mira Ricardo, le dijo, cada semana te mandaré una carta con las soluciones para que compares y tomes nota como se hacen. Son problemas tipo, muy parecidos a los que ponen en las tandas de ingreso, y no dejes de hacerlo, pues es muy importante que los domines para abordar con éxito el segundo grupo.

Mientras Antonio hacía su presentación en la Academia de Zaragoza y le destinaban a la 2ª Compañía, Ricardo se incorporaba de nuevo al Colegio de Santa Bárbara para preparar el segundo grupo del programa de ingreso. Sin embargo, los dos años que repitió en la Inmaculada y el año transcurrido en aprobar el primer grupo, restaban tres de las cinco posibilidades de ingreso. Tampoco supo aprovechar el tiempo durante el verano con los deberes que le puso Antonio, dedicándose a Laura, una bella galleguita que conoció en la colonia de pínfanas organizada en el colegio Nª Sª de Luján, cuando fue a visitar a su hermana Milagros a Torremolinos. Se le agotaron las convocatorias para ingresar en la Academia General Militar de Zaragoza, tenía 24 años y unos grandes deseos de servir a su patria en las filas del ejército. Como había perfeccionado un trienio por los años de servicio en el colegio de Santa Bárbara, solicitó el traslado al Regimiento de Infantería Toledo núm. 35 de guarnición en Zamora. Gracias a su preparación y cualidades innatas para la milicia, obtuvo los primeros puestos en los sucesivos cursos para ascenso a suboficial, de forma que en poco tiempo vio lucir en sus mangas los galones de sargento. Antonio, después de alcanzar el grado de alférez y pasar por la Academia del Arma, volvió de nuevo a Zaragoza para abordar el llamado Segundo Periodo, última fase de la carrera militar.

No había perdido nunca el contacto con Ricardo del que recibía periódicamente cartas poniéndole al corriente de sus continuos ascensos. El Segundo Periodo tocaba a su fin, y ya habían salido los destinos para los nuevos tenientes de la VIII promoción. El día de la entrega de despachos, los nuevos tenientes lucían orgullosos sus dos estrellas, poniendo una nota de color los uniformes de los destinados a Re-

gulares, Tiradores de Ifni o la Legión. Antonio no tuvo ninguna dificultad en conseguir plaza en el Tercio de reciente creación “Alejandro Farnesio” 4º de la Legión, con guarnición en Villa Sanjurjo. Pasadas las Navidades se trasladó a Málaga para embarcar e incorporarse a su destino, no sin antes pasar un par de días en Madrid para reunirse con Ricardo. ¡Mi teniente!, fue su primera expresión de júbilo cuando se encontró de frente con Antonio. Se abrazaron con fuerza sellando una vez más la profunda amistad que los unía., a la vez que Antonio decía a su amigo, ¡que te quede muy claro!, el tratamiento debe quedar relegado a los actos oficiales. En las pocas horas que pasaron juntos, Ricardo comentó que había sido admitido en el curso de paracaidismo de aquel año y que cuando terminase iba a solicitar destino en la Agrupación de Banderas Paracaidistas.

¡Hombre, cuando me alegro!, ese es el curso que tengo pensado solicitar, pero me temo que hasta el año que viene no saldrán nuevas plazas. ¿Y de novias, que?, le preguntó Ricardo. Nada serio, salí con una chica en Zaragoza, y ahora me escribo con una de Toledo, pero de momento quiero dedicarme a la profesión, que aún tenemos mucho que aprender. Y tú ¿continúas con Laura?. ¡Claro que sí, algún día será la madre de mis hijos!, pero por ahora pienso como tú, le contestó Ricardo recordando a su querida galleguita. Cuando desde la ventana del tren Antonio vio alejarse a su amigo que con ojos vidriosos permanecía inmóvil en el andén, sintió como se le hacía un nudo en la garganta.

Los años siguientes se mantuvieron en contacto celebrando entrevistas esporádicas aprovechando los permisos de uno u otro. Ambos habían conseguido el título de Paracaidista y, ¡casualidades de la vida!, en noviembre de 1956 los dos se encontraban destinados en la II Bandera Paracaidista, de guarnición en Sidi-Ifni, capital de un pequeño territorio español en África. Aunque Ricardo fue destinado inicialmente a otra Sección, pronto consiguió el traslado a la del Tte. Urbiola. No soplaban buenos vientos por aquella zona, pues después de la independencia de Marruecos y la cesión de los Protectorados español y francés, apareció un “Ejército de Liberación” constituido por bandas armadas al margen de la ley, que lanzaban continuos ataques por sorpresa a las posiciones españolas produciendo algunas bajas.

La Sección mandada por el Tte. Urbiola se había distinguido en sus intervenciones, granjeándose el aprecio de los superiores, y lo que es más importante, la admiración de sus subordinados.

El verano había transcurrido sin sobresaltos, y una relativa calma hacía presagiar lo peor en opinión de algunos observadores. Pronto pudieron comprobar que el llamado "Ejército de Liberación" se había organizado y abastecido de armamento y municiones obedeciendo a un plan perfectamente planificado. La capital Sidi-Ifni y varios puestos del interior fueron simultáneamente atacados. Gracias a la información facilitada por un cabo indígena de la Sección de Tte. Urbiola se evitó un baño de sangre al abortar la explosión del polvorín cuando fue atacada la capital. La guarnición reaccionó rápidamente y aunque los asaltantes les doblaban en número, resistieron con valor y repelieron los ataques. La lealtad que profesaban los soldados indígenas al Tte. Urbiola y al Sgto. Miralles hizo que se mantuvieran a su lado evitando un auténtico desastre.

No sucedió lo mismo con los puestos repartidos por todo el territorio que se vieron atacados, cayendo los más pequeños en manos de los asaltantes. Otros mejor protegidos resistían defendiéndose con todas sus fuerzas en espera de ayuda. De Canarias y de la Península se esperaban Unidades aerotransportadas de refuerzo, pero tardarían algún tiempo en llegar. Por eso, cuando a finales de noviembre de 1967, El General Gobernador solicitó voluntarios para acudir en socorro y evacuar los heridos de una posición fronteriza que había sido cercada, la Sección del Tte. Urbiola y el Sgto. Miralles se presentó en bloque para acudir en su auxilio. Con los depósitos llenos de combustible y después de aprovisionar víveres y medicinas, la columna se puso en marcha hacia el puesto cercado por los rebeldes, situado próximo a la frontera y a unos 30 km. de la capital. Para no cansar a sus hombres, el Tte. Urbiola dispuso que inicialmente fueran en los vehículos, pero después de recorrer unos kilómetros consideró oportuno establecer un dispositivo que ofreciera mayor protección.

Echaron pie a tierra parte de los efectivos para establecer una sólida vanguardia, protegiendo los flancos con escuadras de fusiles-ametralladores plegándose en

las colas para formar la retaguardia. La decisión fue muy acertada, pues atacados en dos ocasiones por las bandas rebeldes, fueron rechazadas dejando gran número de bajas. Anochece y no era probable recibir más sorpresas. Ordenó replegar la fuerza hacia el centro manteniendo el dispositivo, estableciendo turnos de vigilancia alternados en todo el perímetro para descansar y pasar la noche.

Al amanecer y cuando se preparaban para ocupar sus puestos en la columna, sonó de improviso una descarga de fusilería. ¡Todos a cubier....!. El Sgto. Miralles vio como su teniente caía gravemente herido. ¡Mi teniente!, exclamó lanzándose hacia donde había caído terminando la orden inconclusa. ¡Todos a cubierto! ¡Ametralladoras en posición!. Recogió a su teniente y amigo reclamando la presencia del médico y sanitarios. ¡Ánimo Antonio, que los estamos rechazando!, le susurro al oído, pero la abundante sangre que manaba de su pecho hacía presagiar lo peor. Lo retuvo unos instantes, el tiempo suficiente para verlo morir en sus brazos. Su deber era tomar el mando de la columna, así que dejando todo en manos del médico, evaluó rápidamente la situación.

El fuego enemigo procedía de un solo punto situado en una ligera elevación del terreno, pensando que no serían muchos los rebeldes incontrolados. Seguramente se habrían acercado amparados en la oscuridad de la noche esperando las primeras luces del día para atacar. Concentró sus fuerzas en el sector afectado, y con saltos alternativos protegidos se fue acercando hacia el enemigo, que viéndose inmobilizado salió a descubierto huyendo en desbandada. Muchos cayeron y el resto fue hecho prisionero. Ganas no faltaron al sargento Miralles de ejecutar allí mismo a los causantes de la muerte de su teniente y amigo, pero sobreponiéndose se comportó como vencedor y no como verdugo. Replegados a la columna, el médico le confirmó la muerte del Tte. Urbiola que se encontraba en una camilla cubierto con la bandera española.

Conteniendo las lagrimas y sintiendo que la sangre hervía en sus venas se dirigió a sus soldados, ¡Firrrr...mes!. ¡A sus ordenes mi teniente, el ataque ha sido rechazado y hecho prisioneros!. En aquel momento el operador radio se le acercó diciendo que del puesto de mando pedían que se pusiese el jefe de la columna. Era un

teniente de paracaidistas quien después de lamentar la muerte del teniente Urbiola, le informó que una Sección de su Unidad iba a colaborar con la columna en la liberación del puesto cercado. Acordaron que la operación se llevaría a cabo a las 13 horas, justo cuando la columna tenía previsto llegar al puesto. Los paracaidistas descenderían por el oeste creando un arco de unos 180° a retaguardia de los atacantes, mientras que los efectivos de la columna harían lo mismo por el este, cerrando cualquier vía de escape a los rebeldes al ser cogidos entre dos fuegos. La operación, que se realizó cuatro horas después, fue un completo éxito, copando al enemigo entre las fuerzas del puesto y los que habían acudido en su ayuda.

Distribuidos los alimentos y las medicinas, el sargento Miralles se ocupó con el jefe del destacamento en organizar un acto religioso por todos los fallecidos, en su mayoría procedentes de la posición durante el asedio. ¡Honor y gloria a los caídos! ¡Viva el teniente Urbiola! ¡Viva la Legión! ¡Viva España!, corearon los asistentes al acto. También se ocupó de hablar con el Tte Domínguez, jefe de la unidad paracaidista, para que un helicóptero trasladara el cuerpo del Tte. Urbiola a la capital. Mucho le hubiera gustado acompañarle, pero una vez más el deber le llamaba. Ahora era el jefe de la columna y debía ocuparse de sus soldados.

Llegó a Sidi-Ifni a tiempo para asistir al funeral del Tte. Urbiola. Sobre el catafalco cubierto con la bandera española, figuraba su teresiana y la Medalla Militar individual¹ concedida a título póstumo. ¡Nunca imaginó que tuviera que asistir al funeral de su amigo y compañero!. Saludó a la madre de Antonio y a dos de sus hermanas que habían venido al funeral y para hacerse cargo del cuerpo que sería trasladado y enterrado en Vitoria. D^a Elvira, a la que conocía hacía tiempo, se abrazó a Ricardo como si quisiera sustituir con él al hijo que había perdido. Fue a despedirles al aeropuerto, cuadrándose y saludando hasta que el avión se perdió en el horizonte, mientras un par de lágrimas contenidas se deslizaban por sus curtidas mejillas.

El teniente que vendría a sustituir al fallecido tardaría algún tiempo en llegar, siendo confirmado en el mando de la Sección el Sgto. Miralles, que se convirtió en el azote de las “bandas incontroladas”. Entrenaba constantemente a sus soldados, tanto

1) La Medalla Militar es la más alta condecoración del Ejército después de la Laureada.

en tácticas de guerrillas como en el ataque, avanzando a saltos protegidos, tácticas en las que llegaron a ser grandes expertos, adelantándose y cogiendo al enemigo por sorpresa sin sufrir apenas bajas. Es decir, utilizaba sus mismos procedimientos, pero mucho más perfeccionados, derrochando valor y arrojo cuando las circunstancias lo exigían.

En ocasiones se exponía demasiado y parecía milagroso que una bala traicionera no segara su vida. Pero eso no sucedió. Lo que sí estaba sucediendo en despachos y embajadas era un trasiego constante de papeles que hablaban de cesiones. El Sgto. Miralles no quería ver arriar la bandera española de aquel territorio en donde tanto sudor y sangre había derramado un puñado de españoles, entre ellos su gran amigo y compañero Antonio Urbiola, así que dio por concluida su estancia en Ifni, pidiendo el traslado a la península.

Se casaría con Laura e ingresaría en la Academia de Villaverde, pero antes de marcharse de Ifni se llevaría la mayor sorpresa de su vida. En el barco que le llevaba a Cádiz para tomar el tren a Madrid, aún resonaban en sus oídos las palabras pronunciadas por el Jefe de su Unidad: *“S.E. el Jefe del Estado y en su nombre el Ministro del Ejército ha tenido a bien conceder por su valor y arrojo frente al enemigo y a petición de todos los miembros de su Unidad, la Medalla Militar Individual al Sargento Cazador Paracaidista D. Ricardo Miralles Rodríguez”*. ¡Nunca lo habría imaginado, pues no solo la habían solicitado sus jefes y superiores, sino también sus propios soldados!. Todos, jefes y subordinados, se despidieron con un fuerte abrazo y la esperanza de encontrarse en un futuro.

A su boda, celebrada en Madrid con toda solemnidad, acudió D^a Elvira con una de sus hijas, las cuales le felicitaron por la medalla que tan merecidamente le habían concedido, siendo atendidas en todo momento por D^a Rosa, la madre de Ricardo,. Los asistentes a la boda quedaron encantados al conocer a Laura, brindando a los postres por la feliz pareja.

A pesar de sus años, Ricardo aceptó con resignación volver a las aulas de la Academia de Villaverde, pasando todos los fines de semana en familia y recibiendo con gran alborozo a su primer hijo. Salió con el número uno de su promoción sien-

do nombrado Caballero Alférez Cadete de Infantería, incorporándose en Toledo a la Academia del Arma conjuntamente con los procedentes de la General de Zaragoza. ¡Ay si me viese Antonio!, se repetía con frecuencia. Para no separarse de su familia, alquiló una casita en la Vega Baja, de las utilizadas por el personal de la Fábrica de Armas, en donde vería llegar a su segundo hijo, en este caso una niña encantadora a la que pondrían de nombre Laura como su madre.

Con un gran esfuerzo consiguió salir entre los cinco primeros de su nueva promoción, la XXIV de la General. Los tres meses del Segundo Periodo se le hicieron más duros al estar separado de la familia, pero todo termina y pronto se vio recompensado al lucir en su manga las dos estrellas al recibir el despacho de teniente en el solemne acto con el que terminaba su carrera militar. Pensó en lo feliz que hubiera sido Antonio si hubiera asistido al acto, probablemente ya de capitán o comandante. Por un instante creyó ver parpadear una estrella brillante en la inmensidad azul del cielo e imaginó era Antonio que le hacía guiños de aprobación.

Su primer destino fue la Bandera Paracaidista de guarnición en Alcalá de Henares. El día 31 de Julio de 1969 se había firmado el Tratado de Fez por el cual se hizo entrega del territorio de Ifni a Marruecos, arriándose aquel mismo día la bandera española en la plaza de España de la capital, pero nunca habría vuelto a pedir ese destino. ¡Allí perdió a su mejor amigo!. A cada ascenso era trasladado a nuevas Unidades, dejando en todas ellas su impronta de buen militar, retirándose a la edad reglamentaria con el grado de Tte. Coronel, siendo recompensado tres años después con el ascenso a Coronel Honorífico por toda una vida dedicada al Ejército.

Al fallecer su madre, heredó una pequeña fortuna con la que compró una bonita casa situada en la zona alta de Salobreña, con amplia terraza y unas maravillosas vistas al mar mediterráneo. Con frecuencia se sentaba al atardecer envuelto en un halo de melancolía, dejando vagar sus recuerdos recreando tiempos pasados. A veces se sentía traicionado al pensar si tanto sacrificio y esfuerzo había servido para algo, ¡muchos no conocían ni oído hablar de la Guerra de Ifni, la guerra olvidada!, pero de inmediato rechazaba tales pensamientos.

De repente sonó el teléfono sacándole de su letargo, apareciendo Laura en el

dintel de la puerta. Ricardo, era tu hijo Antonio, dice que irá contigo al Día del Pínfano. ¡Ah sí, el VIII Día del Pínfano! ¡Que gran idea la de estos chicos!. Este año iremos a Guadalajara, al Colegio de M^a Cristina donde iba a visitar a mi hermana.

Allí me encontraré con muchos amigos y compañeros del colegio cuya amistad se ha ido fortaleciendo durante los últimos años gracias a la Asociación, y juntos recordaremos que la Sección de Antonio Urbiola solía ganar todos los campeonatos de fútbol en el colegio.